

**Apuntes de la Asamblea de Julián Carrón
con los Universitarios de Comunión y Liberación de Bolonia
7 de marzo del 2012**

CANTOS:

Samba em preludio

Negra sombra

Noi non sappiamo chi era

Nick. Hace poco más de un mes, al introducir el trabajo de Escuela de comunidad sobre el libro de don Giussani *El origen de la pretensión cristiana* – que acabamos de empezar –, Julián nos volvió a leer esta frase de don Giussani: «El acontecimiento no sólo identifica lo que sucedió en un momento preciso, dando origen a todo, sino también lo que aviva el presente, lo define y le da un contenido, lo que hace posible el presente. Lo que sabemos o lo que tenemos llega a ser experiencia sólo si es algo que se nos da ahora: hay una mano que nos lo ofrece ahora, hay un rostro que viene hacia nosotros ahora, hay una sangre que corre ahora, hay una resurrección que acontece ahora. ¡Sin este “ahora” no hay nada! Nuestro yo sólo puede ser movido, conmovido, es decir, cambiado, por algo contemporáneo: un acontecimiento. Cristo es un hecho que me está sucediendo» (L. Giussani, *Manifiesto de Pascua de 2011*). Hoy, aprovechando la presencia paternal de Julián, queremos preguntarnos: ¿Qué experiencia tenemos de estas palabras? ¿Qué pasa cuando el acontecimiento cristiano entra en nuestra vida? Pienso que no hay mejor regalo, después de la vida misma, que tener a alguien que, como Julián hoy, nos ayuda a descubrir y recobrar el significado de la vida y de la verdad. Por lo tanto, aprovechemos realmente la ocasión que tenemos esta tarde de escuchar a un testigo, pero también, y sobre todo, de dejarnos guiar y corregir, con el fin de poder seguir avanzando.

Conocí el movimiento en bachillerato y, al cabo de un tiempo, me vi completamente cautivado y conquistado por un entusiasmo y una seriedad que nunca había visto antes y que esos chicos, que luego se convertirían en mis amigos, tenían. En este tiempo, la relación con mis padres ha cambiado mucho. Si al comienzo se indisponían ante las preguntas y los interrogantes insólitos que les planteaba, desde hace un tiempo han empezado a percibir algo nuevo en mí, y a constatar un cambio. Pero, como tú dijiste el 25 de enero, aunque el hombre, por su estructura constitutiva, puede reconocer el carácter excepcional de Cristo, a menudo se ve determinado por el influjo de la mentalidad y de la coyuntura social, que tienden a reducir sus exigencias originales. Por ello, aunque mis padres habían percibido algo, no quería que a ellos también les pasara lo que me había pasado a mí. Paradójicamente, ahora que ya no vivo con ellos desde que estudio en la universidad de Bolonia, ellos también han dado un paso. Ahora son ellos los que me plantean a mí las preguntas que antes consideraban casi absurdas, quieren saber cada vez más lo que vivo, lo que hago, quieren conocerme mejor – ¡a mí que soy su hijo! –, porque se han dado cuenta de que hay una parte de mí que no conocen, se percatan de una novedad que, como decías tú, no se ve porque hay algo distinto de lo normal, sino porque produce un apego a lo que de verdad desea nuestro corazón. Y lo mejor es que su cambio no ha sido fruto de mi esfuerzo por convencerles, sino de una apertura original de su corazón. Hace dos semanas operaron a mi padre, y su situación sigue siendo delicada. Al comienzo, pedía simplemente que todo saliera bien y que se resolviera de la mejor manera posible. Mientras estuvo ingresado, me acribillaba a preguntas y me contaba todo lo que estaba viviendo, me decía que no es él

el dueño de su vida. Al toparme con una humanidad tan verdadera, también ha cambiado mi manera de pedir, diría que se ha completado: «Tú que estás tomando cada fibra de su ser tómame así a mí también, haz que yo también, como él, preste verdadera atención a lo que pasa». ¡Es cierto que nada es tan increíble como la respuesta a una pregunta que no se plantea! A partir de esta experiencia, también ha cambiado mi actitud ante el estudio y ante mis compañeros de piso. Mi yo ha cambiado gracias a un hecho contemporáneo, a un acontecimiento. Cristo es algo que me está sucediendo ahora.

Julián Carrón. Basta con mirar lo que sucede. Porque nuestro punto de partida – nos lo ha enseñado siempre don Giussani – es sorprender en acto algo nuevo que está sucediendo ahora. Bastaría esta sencillez, que uno observa en sí mismo o en sus padres para empezar a hacer un camino. ¿Pero cuál es el origen de lo que veo? ¿Quién está obrando en esto que veo suceder? Esta es la pregunta que debes tomarte en serio, porque, como decía recientemente, me asombra mucho ese episodio en que los discípulos vuelven contentos de su misión: tienen delante a Jesús – mientras a nosotros Él nos puede parecer un tanto abstracto –, ellos lo tienen delante, carnalmente presente. Pero, ¿basta esto para que se den cuenta de Él, de su diversidad? En efecto, ellos están más contentos por el éxito y por los milagros realizados que por Él. ¿Cómo manifiesta Jesús su amistad con sus amigos? ¿En qué consiste? Él también habría podido sumarse a la fiesta: «Venga, brindemos porque vuestra misión ha tenido éxito»; Él también habría podido alegrarse, ya que Él los había enviado a la misión, ¿o no? ¿De qué manera muestra Jesús su amistad con sus discípulos, al igual que yo, que soy amigo tuyo, te la demuestro ahora delante de lo que me has contado? Como hace Jesús yo también te invito a mirar más allá: «Pero, ¿os dais cuenta? No os alegréis sólo de lo que ha pasado, alegraos de que esto es sólo el comienzo de lo que os tengo preparado; y lo más importante es que os he elegido, os he llamado amigos, que sois Mis amigos». Porque si todo lo que contamos, todo lo que vemos, toda la novedad que sorprendemos, no es para crecer en la amistad con Cristo, no nos sirve para levantarnos mañana por la mañana. Yo no puedo ofrecer una contribución mejor que la de volver a poner ante mis ojos y ante los vuestros el modo en que Jesús es amigo de sus amigos. No tengo nada más interesante que contaros, porque Jesús ha venido y sabe perfectamente cuál es nuestra necesidad, lo sabe mejor que nosotros y, como siempre nos ha enseñado don Giussani, en esto radica toda la diferencia, toda la novedad de Jesús: que sólo lo divino salva lo humano, sólo lo divino es capaz de captar todos los factores de lo humano. Sólo Él sabe darse cuenta de toda la necesidad de sus amigos, es el único capaz de no reducirlos, como ellos mismos se reducen, y justamente porque los mira así, según toda su necesidad, según toda la hondura de su necesidad, les dice: «Amigos, ¡no os contentéis con esto!, porque estas son todas consecuencias, son indicios; lo más interesante de lo que os ha pasado es que os remite a otra cosa». También vosotros tenéis que percataros de esto, porque, de lo contrario, os quedáis con lo que os ha pasado, pero no os sirve para satisfacer vuestra necesidad. ¡Lo único que responde a nuestra necesidad es una relación! Si a raíz de lo que pasa no vas creciendo en la relación con Él, no experimentas una intensidad, un incremento, una profundidad mayor en la relación con tus padres. Jesús desea esto para nosotros. Es preciso entender que todo se juega en este incremento de humanidad. Por ello, al final de la presentación de *El origen de la pretensión cristiana* dijimos que no se trata de tener una imagen de cambio, sino de experimentar que se incrementa la relación con Él. Es el reto de este año.

Ayer fui, junto con algunos amigos, al entierro de la madre de una amiga nuestra. A propósito de lo que acabas de decir, yo me doy cuenta de que cuando salí de mi casa para ir al entierro tenía en la cabeza un montón de cosas, lo había analizado todo, me preguntaba por qué le había pasado a ella, por qué había pasado en este momento tan dramático también para su familia, que tiene que tomar ciertas decisiones; tenía todas estas dudas en mi cabeza. Antes de entrar en la Iglesia, saludé a la hija, que es nuestra amiga, y vi a su padre: no lloraban, abrazaban a todos, ¡fue precioso! Ya en la Iglesia, mientras esperaba el comienzo de la Misa, seguía dando vueltas en la cabeza a mis dudas y a mis preguntas. Un minuto antes de que empezara la Misa, entró en la iglesia otra hija, que es una de las Hermanas de la Fraternidad Sacerdotal de San Carlos Borromeo, seguida por todas sus hermanas; entraron por la puerta y recorrieron el pasillo central de la Iglesia en un silencio que se cortaba con cuchillo, luego se arrodillaron y se pusieron a rezar. Yo deseaba inmensamente poder hablar con ella, pero en aquel momento ni me miró, ni se dio cuenta de que yo estaba allí, pero pensé: aquí está aconteciendo Cristo. Cuando, en efecto, empezamos a cantar al comienzo: «Si lloran, eres tú que lloras» – yo todavía no había conseguido llorar – me estremecí, no por un análisis, sino porque la única postura razonable que podía tener era la de su hija y sus hermanas.

¿Por qué?

Ni siquiera nos hablamos, pero tan sólo por el hábito que llevaban, por cómo se pusieron a rezar, me mostraban que la única cosa razonable en la vida es entregarla por entero a Jesús.

Esto es lo que hacían ellas. ¿Y tú?

Yo sentí un deseo infinito de eso, de Jesús. Pensé: yo no deseo otra cosa, porque todas las respuestas que podía darme – mira cuánta gente maja hay aquí, de esto saldrá algo bueno... – no me bastaban. De hecho, surgió en mí un deseo de radicalidad total, porque pensé: yo no deseo nada que sea menos que esto. Es lo que, a propósito de la compañía, dijiste tú también en la síntesis del domingo por la mañana en los Ejercicios del CLU en Rimini (que entonces, lo confieso, me costó mucho entender).

Hace falta esperar que la vida nos ponga en las condiciones de poder entender qué es lo que de verdad nos acompaña ante estos hechos imponentes. Tomarse una caña puedes hacerlo con cualquiera; pero no es fácil encontrar a alguien que se mantiene en pie ante la muerte y que te acompaña – chicos, esto no es ninguna broma –, no todos te acompañan, porque le tienen un miedo tremendo a la muerte; en el mejor de los casos callan, porque no tienen nada que decir o no saben por dónde empezar.

Es verdad, porque yo no sabía por dónde empezar; hasta que ella no entró en la Iglesia yo no sabía qué decir; estaban allí mis amigos y mi novia, pero yo no sabía qué decir. Hoy he comido con mis amigos, y he tenido que decirles: «Tenemos que ayudarnos, necesito que me ayudéis porque lo que más deseo es que Cristo acontezca ahora». Es lo único por lo que yo sigo estando en esta compañía. Si estoy aquí es porque ahora, aquí, Cristo está aconteciendo.

Gracias, porque así podemos ayudarnos a comprender algo que considero decisivo. Delante de un hecho así, uno no puede dejar de usar la razón de una determinada manera. Tú has utilizado la palabra “análisis” (tratar de entender qué ha pasado o no ha pasado, etcétera), que es una actitud que nos enjaula, nos aprisiona, como me decía recientemente un amigo ante una situación similar. No es que uno deje de usar la razón, la usa, pero la usa de manera analítica y así, en lugar de encontrar la respuesta, se queda encerrado en una jaula. Esto es lo que la mayoría de las veces predomina. Luego llega la hija con sus hermanas, y ponen delante de todos un hecho que es capaz de atraer por entero a tu razón, tal como explica don Giussani cuando dice que el culmen del uso de

la razón lo podemos ver en Juan y Andrés: nunca como aquel día delante de Su presencia habían usado más plenamente su razón, según toda su exigencia de totalidad, cosa que les impidió quedarse en el análisis y, en cambio, les abrió la mente para captar la respuesta a la exigencia que tenían. Observarnos en acción en ocasiones como ésta, nos hace ver que lo que don Giussani dice de Juan y Andrés y del uso de la razón no puede quedarse en una bella imagen poética, mientras en el fondo seguimos sin saber de verdad qué quiere decir él; sólo lo entendemos de verdad cuando sorprendemos en nosotros mismos este uso de la razón que la salva. Como me decía ese amigo mío – también él atrapado en el análisis ante la enfermedad de una amiga nuestra, que evidentemente me ha afectado mucho también a mí – al comenzar un encuentro. Había citado una frase del escritor Antonio Fogazzaro, que me había impactado mucho justo por lo que estaba sucediendo: «Señor, todo en el mundo es vano, excepto lo Eterno». Un hecho así nos pone a todos delante de lo Eterno. Y este amigo mío me decía: «Esta frase me ha salvado de un uso analítico de la razón, abriéndome de par en par a la totalidad», como decías tú, te abre a esa exigencia de radicalidad total que es la urgencia propia de la razón, a la exigencia inagotable que define a la razón. El punto es que uno debe ser serio con este deseo de radicalidad total, porque si no lo es no comprende hasta qué punto este uso de la razón es más verdadero (es decir, responde más a la naturaleza misma de la razón, que es exigencia de totalidad), y antes o después acabará pensando que son cosas para visionarios. Entonces, ahora tienes que responder tú: ¿por qué la presencia de estas hermanas se ha impuesto con toda su razonabilidad? Porque ha sido algo que has percibido como la respuesta a tu pregunta; porque sucede algo que atrae como un imán a toda nuestra razón. Cada cual tiene que verificarlo para sí mismo, de manera que pueda pasar del deseo de una radicalidad total a la experiencia del cumplimiento de esta totalidad. Son hechos que ocurren todos los días: una amiga, profesora, ha tenido que enfrentarse al intento de suicidio de un antiguo alumno suyo; luego, al comentarlo, me decía: «Hoy he podido experimentar toda la conveniencia humana de la fe y la compañía que Dios me ha concedido con el paso del tiempo, porque tenía un modo de estar ante estas dificultades [no una manera de huir de las dificultades, de evitarlas o de olvidarlas, sino de afrontarlas] dominada por entero, incluso entre lágrimas [no se deja fuera nada], por una certeza indomable». Esta es nuestra meta. Somos amigos para acompañarnos a recorrer un camino que nos permita afrontar el drama de la vida, sea cual sea el rostro que adquiera para cada uno de nosotros, y afrontarlo con una certeza indomable. Esto significa pasar del deseo a la experiencia, a la sorpresa de tener esta certeza indomable; la que tú viste en ellas, la deseas para ti. ¿Cómo puedes ver que este deseo de totalidad y radicalidad se cumple, tanto que te sorprendes y, en un momento dado, te preguntas cómo es posible»? Porque te sorprendes a ti mismo con una certeza indomable. No podemos saber lo que nos pasará en la vida, de qué manera la vida nos desafiará, chicos, no sabemos; nada está en nuestras manos – ¡nada! –, lo vemos bien, pero nadie puede impedirnos que hagamos un camino para que, pase lo que pase, podamos afrontar las dificultades con una certeza indomable. Este es el camino que estamos tratando de hacer juntos, siguiendo a don Giussani. ¿Cómo se ve si lo estamos haciendo? Si nosotros, delante de los pequeños o grandes dramas que tenemos que afrontar en la vida, empezamos a sorprender un cierto tipo de certeza, incluso en el llanto, el dolor y la fatiga. Todo lo demás es imprevisible, no sabemos cómo nos llevará el Misterio a cada uno a nuestro destino, pero Cristo ha venido a hacerse compañero nuestro hacia ese destino. Por ello, si no se incrementa cada vez más nuestra certeza en Él, los hechos pasan y se queda tan sólo un recuerdo del pasado. Delante del presente estoy yo, con toda la experiencia que me permite estar ante la realidad con una certeza que no se derrumba. Si no entendemos esto, no entendemos

la oportunidad que don Giussani nos ofrece de recorrer este camino ahora, este año: el mismo recorrido que hicieron los discípulos para alcanzar esta certeza. Don Giussani tuvo esta ternura con nosotros: él recorrió primero este camino, y nos lo propuso paso a paso, de manera que todos podamos responder a ese deseo que, en un momento dado, surge ante sus ojos. Porque tú, ahora, sin tener delante una propuesta, ¿cómo respondes a este deseo que ha surgido potentemente ante un drama y ante la certeza que has visto en otras personas? Al cabo de dos días, todo se esfumaría si no tuviéramos un camino que recorrer para pasar del deseo a la experiencia. Y esta decisión no la puede tomar don Giussani en nuestro lugar; él puede haber vivido así, haber recorrido su camino, habernos explicado todos los pasos, pero no puede decir “sí” en nuestro lugar, porque la certeza debe llegar a ser mía, a ser tuya. Y no empiezas a caminar repitiendo los pasos teóricamente, sino sólo si lo haces de verdad.

Se va acercando la meta de mi licenciatura, me paso el día estudiando, tratando de encajar todos los exámenes para licenciarme lo antes posible y dándole vueltas a la cabeza para elegir la especialidad. Cuando vuelvo a mi casa, con mi familia, hay una situación que no me gusta nada pero que es la que es, y a menudo la tristeza y la rabia pueden conmigo. Así, resulta que ya no estoy disfrutando de nada, ni de lo que hago, ni del estudio, ni de mis amigos; permanece solamente la angustia, porque me gustaría tenerlo todo atado, bien atado, y en cambio se me escapa de las manos. Entonces, en un momento dado, me paré y me pregunté cómo el hecho de ser cristiana incide en todo esto, y me di cuenta de que en este momento la fe, el hecho de Cristo, no dice mucho a lo que yo soy, es decir, no cambia mi manera de vivir y no la hace más humana. El problema es este: no es que no me pasen cosas y no haya tenido encuentros por los que digo: «Esto es algo fuera de lo común», hechos y encuentros que me han tocado y por los que la fe sigue fascinándome y afectándome. Pero, en última instancia, no llega a ser algo que me constituye, no se convierte en un criterio y no cambia mi manera de mirar y afrontar lo que tengo que hacer y lo que me pasa. Me pregunto: ¿qué me falta?

¿Lo veis? Lo primero que quiero hacer es darte las gracias, porque has conseguido expresar muy bien esta fractura que vivimos, personalmente y en nuestras comunidades, entre el saber y el creer. No vemos cómo el creer incide sobre el saber, sobre nuestro modo de vivir; superar esta fractura forma parte del camino que tenemos por delante. Nunca pretendo “cerrar” ninguna cuestión. Como decía antes a quien te ha precedido: «Mira, para pasar del deseo a la sorpresa de la certeza, hace falta recorrer un camino»; tampoco contigo puedo cerrar el partido con una explicación, ¡nunca!, sino que te devuelvo la pelota con una indicación de camino, porque, si no, nunca llegarás a tener certezas. Porque tú ya sabes la respuesta, la cuestión ahora es que recorras tu camino. ¿Y cuál es el camino? ¿A qué ha vinculado Cristo la posibilidad de ver algo distinto en la vida? ¿Acaso al hecho de que se te ahorre el tener que afrontar ciertas cosas? No. No ha prometido a quienes le siguen que no pasarían ciertas cosas; a quien le sigue, a quien deja entrar Su presencia, le promete una certeza indomable a la hora de afrontar las circunstancias. Deja entrar su propuesta, deja entrar lo que has encontrado, porque si no lo haces será imposible afrontar todo lo que me has contado (una experiencia en la que te sientes dividida), será difícil que tú puedas entender qué significa la fe en tu vida. En cambio, hace falta que tú digas: «Intento afrontar esta situación contigo, oh Cristo, en compañía de los amigos». Me viene siempre a la cabeza – os lo he contado muchas veces – que delante del cadáver de mi padre pensé: «¿Esto es todo?». La cuestión es si cuando yo llego allí, ante estas situaciones, hay algo que ni siquiera la muerte puede arrancarme de los ojos, de cada fibra de mi ser. Pongo el ejemplo de los discípulos. Imagina a Juan y Andrés, que han visto a Cristo resucitado; aquel que habían dejado en

el sepulcro, en un momento dado, le han vuelto a ver vivo y le han tocado, han comido con él, está vivo. Imagina cuando se murió el primer discípulo o uno de sus amigos; ¿será posible para ellos, delante del cadáver, evitar el recuerdo de que habían visto a Jesús resucitado? Lo que permite afrontar una situación así es tener en la mirada la victoria de Cristo. Ante situaciones realmente difíciles no nos basta imaginar (también porque, en ese momento, no imaginas nada), no nos basta sentir (también porque, en ese momento, sientes todo lo contrario), parece que prevalezca la nada. Y, en efecto, quien dice que en ese momento uno se inventa la fe, no sabe lo que dice, porque es lo último que uno se puede inventar. Porque ni siquiera cuando tenemos fe nos sale abrir la boca; ¡figúrate si a uno que no tiene fe, que no sabe nada de Cristo, se le puede ocurrir crearse una fe para consolarse! Cuando llegan estos momentos difíciles, la cuestión es si, gracias al recorrido que has hecho, lo que te ha pasado, lo que llevas en la mirada, tú no lo apartas, no lo eliminas. De lo contrario, amiga, te quedas sola con tu impotencia ante todo lo que sucede. En cambio, si tú reconoces – “reconoces”, no “inventas” o “creas” – , como ya has hecho, todas estas cosas que siguen sucediéndote en la vida, tu horizonte no se reduce a la apariencia de lo que ves. En efecto, muchas veces, ¿qué prevalece? Que existe sólo lo que estoy viendo ahora, la apariencia, el estado de ánimo momentáneo. Si, por el contrario, tú empiezas a no reducir, si empiezas a reconocer lo que has visto en tu vida, a darte cuenta de que no estás sola, a darte cuenta que existe una presencia real, presente, más poderosa que tú y que todos tus problemas, puedes verificar si esta presencia te ayuda. Pero esta es una verificación que cada uno tiene que llevar a cabo personalmente. Sin prisa, sin enfadarse, pero también sin detenerse; incluso cojeando, equivocándote mil veces, desanimándote, viendo a veces la nada como una niebla que poco a poco te rodea; pero, en un determinado momento – como en la carta que os he citado antes –, aparece esta certeza indomable que nos permite afrontar la realidad. Es un camino. Es una experiencia. El camino hacia la verdad es una experiencia. Por ello, no basta repetir las frases, hace falta verificarlo en primera persona. Y esto es posible porque tenemos delante personas que nos lo testimonian. Uno acude a un funeral y está desconcertado ante la muerte; luego, llegan algunas personas que están dominadas por otra cosa; no son supermujeres y nosotros unos tontos; no, son personas que han hecho un recorrido, un camino, y poco a poco alcanzan una certeza, exactamente como nosotros podemos llegar a tener. Os he dicho siempre que esto es lo que me ha fascinado del movimiento: que me proponía un camino que yo podía recorrer, al igual que te lo propone a ti. Si no renuncias, la próxima vez me dirás qué sucede cuando uno Le deja entrar en su vida.

Antes de empezar la experiencia del CLU y de la vida universitaria en general, tenía mil miedos; me costaba dejar mis amistades; estaba preocupada porque pensaba que no lograría encontrar otras amistades tan grandes; Bolonia me parecía un ambiente demasiado grande para mí; el juicio que tenía sobre el movimiento era absolutamente negativo y no me permitía confiar en lo que se me proponía. Aunque me invitaban a los encuentros que se organizaban en mi parroquia, siempre me negaba, bloqueada por una actitud muy crítica; no quería participar porque los consideraba una pérdida de tiempo y, sobre todo, porque afrontar ciertos temas no me ayudaba, más aún, me hacía estar mal. Al final, elegí Bolonia porque me fie y confié en tres grandes amigas mías, y también porque quería intentar vivir por mi cuenta, lejos de mi casa y de la dependencia de mis padres. Siempre he sido una persona reservada, tímida y poco dispuesta a hablar de mí misma, de mi familia y, sobre todo, de mi hermano mayor, que tiene 29 años y lleva 27 en estado vegetativo. Por estos motivos, decidí que no me implicaría demasiado en las propuestas que me hicieran y pensaría exclusivamente en

el estudio. Más allá de mis intenciones, no tardé mucho en ambientarme y en empezar a sentirme querida desde el comienzo por las personas que me recibieron, especialmente por las chicas que viven conmigo y que ahora considero como mi segunda familia. Siempre he considerado normal la condición en la que se encuentra mi hermano, ya que me he acostumbrado a verle así desde niña. Muchas veces me he preguntado por el sentido de esa vida, y muchas veces he imaginado cómo sería si tuviera salud, he pensado en el carácter que habría podido tener, en la facultad que habría elegido, además de intentar intuir el tipo de relación que habría podido darse entre nosotros, en nuestras peleas y en esa sana complicidad que une a los hermanos cuando se trata de contradecir a sus padres. No lograba comprender cómo era posible que él, con todo el sufrimiento que lleva encima, pudiese tener esas sonrisas llenas de vida que yo, ni siquiera en mis mejores momentos, consigo tener. Siempre me he limitado a ayudar a mis padres a cuidarle y, aunque lo he deseado siempre, no conseguía manifestarle ese afecto y esos cuidados particulares que le prodigan mis padres. Siempre he estimado mucho a mi padre por cómo le trata, por la atención que le presta y por la pasión con que le cuida, pero quizás esto no me bastaba para darme cuenta verdaderamente de lo que tenemos en casa y de la responsabilidad que nos toca tener precisamente a nosotros. Las experiencias que estoy viviendo ahora, en primer lugar la caritativa y los encuentros con determinadas personas, me están ayudando mucho a madurar en la relación con mi hermano, pero lo que me ha arrollado literalmente ha sido el momento de los Ejercicios del pasado mes de diciembre sobre el tema “La inexorable positividad de la realidad”. Participé en esos Ejercicios sin saber bien de qué se trataba y con una gran curiosidad respecto a un tema tan estimulante. Estos Ejercicios me han regenerado y, gracias a todas estas ocasiones que se me han concedido, no puedo más que estar agradecida por lo que tengo. Sin darme cuenta, mi hermano me está enseñando a vivir y a apreciar la vida con todos sus matices. Puedo estar ante él y al mirarlo es como si lograra advertir un Misterio que lo toma de la mano y que antes no conseguía ver. Soy afortunada por tenerle como hermano y estoy convencida que sin él no habría alcanzado nunca la conciencia que tengo ahora, así como no habría podido reconocer que toda la realidad es interesante y colmada de significado por la presencia de aquel Tú.

Gracias, querida amiga, porque esto nos ayuda a responder a la pregunta anterior. Durante años uno puede ser incapaz de mirar una situación como la de tu hermano. ¿Cuál es la sorpresa con que te encuentras ahora? Que ahora consigues estar delante de él. Lo que antes no conseguías hacer – mostrarle tu afecto como lo hacían tus padres –, ahora empieza a suceder. ¿Por qué? ¿Acaso porque lo has hecho mejor? ¿Por qué te has entrenado? No. Por lo que ha entrado en tu vida. La situación de su hermano no ha cambiado, no sabemos qué designio le tiene preparado Aquel que hace todas las cosas, ni cómo le conduce a su destino; pero lo que nadie puede evitar, lo que nadie puede borrar – si uno está dispuesto a dejarse querer, porque esto es lo que ella ha hecho, dejarse querer, abandonando incluso todas las defensas que antes ponía –, es que dejar entrar a Otro en la propia vida tiene como éxito que uno empieza a entrar en la oscuridad que nunca había podido mirar durante años. Es sencillo. Esta es la razonabilidad de la fe, la conveniencia humana de la fe. Y cada uno debe decidir si esto le interesa para entrar en cualquier aspecto oscuro (cada uno sabe cuál es el suyo). Porque entonces empiezo por fin a mirar las cosas de una manera justa, no reducida, y a sorprender en mi hermano enfermo esa Presencia que lo sostiene y, por lo tanto, a sentirme orgulloso de tener un hermano así. ¿Qué le ha pasado? ¿Hizo un curso de filosofía para utilizar la razón correctamente? ¿Qué es lo que introduce Cristo? ¿En qué sentido nos vuelve más humanos, más nosotros mismos? Empezamos a mirar la

realidad, a usar la razón de una manera verdadera, empezamos a no dejar fuera ningún factor. Y esto me permite mirar a mi hermano, no porque debo hacerlo o me propongo hacerlo; no debo hacer un esfuerzo descomunal para mirarlo (no lo lograría); no, no, no, me sorprendo pudiéndole mirar. Esta es la conveniencia de la fe. Bastaría uno de estos relatos – ¡uno! – para darnos cuenta de qué clase de conveniencia humana tiene la fe. Cada vez que nos vemos (o que os encontráis entre vosotros), ¡cuántos de estos relatos escuchamos! Nadie en el mundo escucha las cosas que escuchamos nosotros, ve las cosas que vemos nosotros, toca las cosas que tocamos nosotros. Entonces es con todo lo que vemos, que tocamos y que reconocemos, con lo que podemos entrar en cualquier circunstancia, es decir, podemos dejar de censurarla: una situación que no sabía gestionar durante años, muchos años, que había acabado por hacer como si no existiera, incluso haciendo tus tareas para echar una mano a tus padres, pero en el fondo tratando de evitarla, en un momento dado llega a ser humanamente posible afrontarla, no en virtud de no sé qué entrenamiento o terapia, sino tan sólo dejando entrar a Cristo mediante alguien que te abraza ahora.

Quiero contar mi experiencia en el movimiento. Hace cuatro años tuve un accidente bastante grave que me obligó a estar seis meses en el hospital. Tras una semana en coma, me volví a despertar con una felicidad inmensa, una felicidad que no había conocido antes y que todavía no lograba explicar, o mejor dicho, a la que daba una explicación basada en mí mismo, es decir, hacía depender mi existencia de mí mismo, en cierto sentido me creía autosuficiente, porque estaba convencido de que yo estaba vivo sólo gracias a mí mismo. Y así fue en los meses y en los años siguientes, hasta que llegué al CLU y descubrí una verdad más grande, que yo comprendo que es real, verdadera; no es que echara algo en falta en los ojos de mis amigos que no frecuentan el movimiento, es que había algo verdadero en los ojos de mis amigos del movimiento; cuando ellos me hablaban, cuando nos veíamos, siempre había algo que me remitía a Otra cosa, y por fin llegué a plantearme ciertas preguntas, porque antes de entrar en el movimiento, debido a mi accidente, estaba convencido de ser una suerte de superhombre que no se hacía preguntas o, por lo menos, no sentía la necesidad de hacérmelas (porque ante cualquier pregunta encontraba una respuesta en mí mismo). Yo había salido del coma, pero sustancialmente estaba todavía “en coma” porque no me hacía ninguna pregunta, es decir, no vivía de verdad. Entonces, me vino a la mente una frase de don Giussani que aparece en el libro De un temperamento, un método, y que ahora leo porque lo explica muy bien, me retrata por completo: «Si tú te ensimismas con esta compañía, tu fisonomía, tu carácter, tu personalidad revive, renace; descubres que sientes, haces y entiendes cosas que nunca habías pensado antes». Para mí esto es literal, y lo es gracias a toda esta experiencia en el movimiento porque me ha permitido entenderlo.

Gracias. ¿Qué más tiene que pasarnos para despertarnos del coma? Ni siquiera entrar en coma puede bastarnos para hacernos salir de nuestra autosuficiencia. Es tremendo. Pensamos que para vivir nos basta contar con nuestras fuerzas, pero incluso después de salir del coma, uno debe reconocer que sigue todavía “en coma” porque ni siquiera salir del coma profundo basta para que recobre vida nuestro yo. ¡El único capaz de devolverle la vida es Cristo! Y, como hemos comentado, esto es lo que hace cada vez más potente nuestro afecto a Él. Porque lo más fuerte que a uno le puede pasar es salir de un coma profundo, con la consecuente y obvia felicidad, pero un instante después debe reconocer que, incluso atribuyéndose el mérito, sigue todavía “en coma”. Y no se da cuenta de esto hasta el momento en que encuentra el cristianismo, que le hace descubrir verdaderamente quién es él. Esta es la diversidad. Esto es lo que tenemos que

mirar durante este año de trabajo. Porque cuando nosotros pensamos en los apóstoles, decimos: «Ellos sí fueron afortunados, porque nosotros no hemos visto lo que ellos vieron; ellos tuvieron suerte, nosotros no; para ellos fue posible alcanzar esa certeza, para nosotros no». Pero, disculpad, los hechos que vemos nosotros, ¿acaso son menores? ¿Quién es capaz de salvar todo lo humano, de devolverlo a la vida después de un coma? Sólo si uno se da cuenta de esto comprende cuál es el carácter excepcional de Cristo, su diversidad absoluta respecto de cualquier otra cosa. Entonces, si uno empieza a comprender esto, no puede dejar de despertarse y levantarse por la mañana sin que este pensamiento domine: «Tú existes y mi concedes darme cuenta de que Tú me has permitido ser yo mismo». Decidme si es posible no sentir una gratitud infinita por el hecho de que Cristo existe. Entonces, uno comprende que no le basta cualquier migaja, porque uno puede tenerlo todo, puede despertarse del coma, pero si le falta Él sigue “en coma profundo”; si Él no le vuelve a despertar, puede permanecer en el coma de la conciencia. Y, en cambio, la vida empieza, vuelve a empezar de verdad, cuando uno se da cuenta de que Él está, y se hace tan presente que se da a conocer, no dándonos clases, sino permitiéndonos hacer experiencia de algo que está sucediendo ahora. Esto es Cristo. Por ello, cuando decimos que Cristo es abstracto, tenemos que negar estas cosas, decimos mentiras, sucumbimos a la mentira. En cambio, cuando tenemos la sencillez de los apóstoles, todo se hace sencillo. Gracias.

En estos últimos meses he constatado que el presente ha empezado a coincidir con el ahora, lo cual es algo estupendo. En noviembre tenía que decidir con quién estudiar un examen. Puede parecer un problema estúpido, pero para mí era un problema real. Para salir de este dilema, el 18 de noviembre quería comer con un amigo con quien esperaba poder estudiar ese examen, y ese almuerzo fue decisivo porque él, en lugar de preguntarme: «Te parece, ¿estudiamos juntos?», mi miró a los ojos y me preguntó: «Pero tú, ¿qué quieres?». Entonces, le dije: «Yo quiero estudiar contigo». Y él: «Dejemos un momento el estudio, ¿tú qué quieres?». Cada dos palabras preguntaba: «Pero tú, ¿qué quieres?», me lo repitió como ochenta veces...

Tú reducías tu necesidad a buscar a alguien con quien estudiar el examen, en cambio te encuentras a un amigo que insiste: «¿Tú, qué quieres?». ¿Comprendéis qué distinta es esta pregunta? Para que alguien pregunte esto, ¿qué debe haber vivido en la vida? Esta mirada hoy, hoy, no hace dos mil años, contemporánea a nosotros, hoy, ¿quién la hace posible? Porque la contemporaneidad de Cristo no es una cuestión de palabras, es un encuentro con alguien que, ante la reducción de mi necesidad, incluso cuando insisto que lo que quiero es alguien que me ayude a estudiar, no cede y me dice: «¿Y tú, qué quieres de verdad?». De esta manera hacemos hoy la experiencia de cómo sólo lo divino salva lo humano. No es una simple frase que hemos leído en un libro, ahora vemos qué significa decirlo hoy, y no sólo en el pasado, cuando le sucedió a Juan y Andrés, no sólo cuando le sucedió a Mario Victorino (que, cuando conoció a Cristo, se descubrió hombre), no, no, esto sucede hoy, ¡hoy! Existe una mirada en el presente que dice: «¿Tú qué quieres?». Ante todos tus intentos de reducir tu necesidad, sigue insistiendo, no cede y te pregunta: «¿Tú qué quieres?». ¿Pero nos damos cuenta de esto? ¿Te habías dado cuenta?

Sí.

¿Por qué? Dime. Sigue.

Porque en un momento dado, al ver que yo no entendía dónde iba a parar, me dijo: «Mira que, si el problema es nuestra amistad, somos amigos tantos si estudiamos juntos como si no lo hacemos; no nos tomemos el pelo; el problema es que somos amigos sólo si vamos en la misma dirección, pero para ir en la misma dirección tenemos que tener

claro adónde vamos, y para ir en la misma dirección tienes que tener claro qué quieres». Volvió al mismo punto, y yo, al tener que responderle, me di cuenta de que no sabía muy bien por qué había ido a buscarle pensando: quiero estudiar con él. No bastaba estudiar con él para responder a mi pregunta, tampoco bastaba su amistad, porque era necesario algo incomparablemente más grande que se me escapaba.

Se te escapaba que ese algo incomparablemente más grande estaba presente en la misma forma en que tu amigo te preguntaba. Muchas veces, ni siquiera teniendo delante Su presencia en alguien que nos habla así – como les pasó a los discípulos –, comprendemos. Entre la corrección que Jesús hizo a sus discípulos que volvían contentos por el éxito de su misión y la corrección que te hizo ese amigo tuyo – «¿Te das cuenta de que esto no te basta? ¿Te das cuenta que echarte una mano para resolver el problema del examen no te bastaría para levantarte mañana contenta? ¿Qué quieres? ¿Tú quién eres?» –, ¿que diferencia hay? Es uno que te mira con una ternura, con una profundidad, que quizás nunca has tenido al mirarte a ti misma. Hoy, no hace dos mil años, hoy. Esto significa que cuando nosotros hacemos el recorrido de la Escuela de comunidad, gracias a lo que está sucediendo ahora, hacemos exactamente el mismo camino que los discípulos, porque la contemporaneidad de Cristo la podemos tocar con la mano en todos estos hechos que estamos escuchando hoy, porque ninguna de las cosas que habéis contado podría suceder si Él no se hiciera presente hoy. ¡Esta mirada no podríamos ni soñarla! ¿Entonces?

Luego, volviendo a mi casa, con calma, me di cuenta de que yo sabía lo que quería. Yo quería que las cosas no se me escaparan entre las manos, quería crecer, empezar a tomarme en serio la vida, quería vivir hasta el fondo todo lo que se me da, porque sólo afrontando las cosas habría sido posible encontrar y conocer a Quien me las da, que es el mismo que, el día antes, me había mirado a través de los ojos de mi amigo. Porque este amigo, al reclamarme al punto verdadero de la cuestión, me había querido más de lo que yo me quería. Por ello, desde aquel día empecé a estudiar mi examen, y desde entonces no hubo ni un día – ni uno – en que yo no tuviera en la mirada sus ojos que me preguntaban.

¡Esta es la cuestión! Desde aquel día, uno ya no puede olvidar esa mirada, dejar de tener presentes esos ojos, porque esos ojos, esa mirada, ha plasmado su vida, así como la mirada de Jesús plasmó la vida de Zaqueo. Cuando hablamos de “memoria”, no hablamos de no sé qué, estamos hablando de algo que aconteció – y que acontece –, que yo ya no puedo arrancar de cada fibra de mi ser, como los discípulos no podían arrancar de sus ojos esta presencia cuando se levantaban por la mañana o debían volver a su trabajo.

En efecto, aquella pregunta lo cambió todo, realmente todo, porque yo quiero ser feliz ahora; cuando vuelvo a recordar esa pregunta, me acuerdo también de la respuesta: yo quiero algo que suceda ahora. Por tanto, ¿ahora qué tengo que hacer? Tengo que estudiar, tomarme en serio el estudio, todo el estudio; y si estudio con alguien, tengo que tomarme en serio esa persona. De ahí ha nacido una preciosa amistad con una chica que antes no conocía muy bien, y todo se convierte en un descubrimiento. Como cuando alguien te hace un regalo, tú te interesas por el regalo. Cuando te das cuenta de que todo es dado, se te hace raro, no natural, no interesarte por lo que tienes delante. De las mil cosas que nacieron de aquel día, te cuento dos. Llevo cuatro años estudiando mi carrera casi por error, dudando siempre que en el fondo quizá habría tenido que estudiar otra o tendría que estar en otro lugar; por fin sé que este es mi lugar, soy feliz aquí y tengo que estar aquí.

¿Lo veis? Muchas veces, cuando dudamos de haber elegido bien la carrera, se pone de manifiesto una incertidumbre más honda, y uno se encuentra en paz sólo cuando

encuentra la respuesta verdadera, entonces se reconcilia incluso con lo que está estudiando, porque su malestar no tiene el origen en lo que estaba estudiando. Cuando uno soluciona de verdad su malestar, va hasta la raíz su malestar, entonces empieza a mirar de manera distinta también lo que estudia y se encuentra en su lugar. Nos saldría pensar: ¿pero cómo es posible que la fe ponga las cosas en orden mucho más que analizar en detalle el curso de la propia licenciatura? Es lo que sucede cuando dejamos entrar el Misterio en nuestra vida. Es impresionante.

Exacto. Y esto lo prueba el hecho de que yo me siento en mi lugar porque todo lo que sucede es para mí, desde el encuentro con una persona que a lo mejor no volveré a ver hasta las amistades cotidianas. Últimamente, me doy cuenta de que quiero mucho más a mis amigos que antes, porque es cada vez más evidente que es un milagro tenerlos, por ejemplo, tener a mi compañera de piso. Esto era lo primero: yo estoy exactamente donde quiero y donde debo estar. Lo segundo es que por fin ha cambiado mi modo de rezar, porque ahora no tengo simplemente unos momentos de oración como los Laudes o también la Misa, sino que la oración es algo mío. No es que antes rezara mal, pero se está convirtiendo en un diálogo continuo, porque me despierto por la mañana y me sale decir: hazte ver, ¿dónde te encontraré hoy? Y luego, cuando se te concede a algo, te sale espontáneo dar las gracias, es un “gracias” que te acompaña durante todo el día, que se convierte en una dimensión constante.

Gracias. De la vida, sin solución de continuidad, a la oración, que brota de la vida misma, no como algo que debo hacer para ser buen cristiano, sino como la exigencia, la urgencia de cuidar la relación con Aquel que me lo da todo. Gracias.

Yo parto de algo que me dice siempre mi madre, desde que era pequeña: «Tanto dolor y tanta alegría, apégate a quien es más feliz que tú». He tardado bastante en entenderlo. El drama que vivo me provoca, me sacude y mi abre de par en par el corazón. Pongo dos ejemplos. Primero, la alegría. Pasé las Navidades en Uganda, fui a ver a mi novio que trabajó para AVSI durante cinco meses. Allí conocí a Rose. Inútil tratar de explicar la grandeza de esta mujer, lo importante es verla, mirarla a los ojos. También conocer a las mujeres que trabajan con ella me ha hecho entender qué significa arrodillarse ante Uno que mira tu corazón con una ternura que hace que sobre cualquier discurso. Luego, el dolor. Hace veinte días, mi padre llegó a aquella casa de la que habla Claudio Chieffo en su canción La sorgente (La fuente). A veces, me parece que mi padre sigue en la habitación de al lado, como dice Péguy; luego, cuando me paro a mirar el sepulcro vacío y silencioso de Jesús, me siento morir, pero en ese silencio cabe toda mi dignidad, mi poquedad, cabe todo mi grito y deseo de un bien más profundo, de un bien más vivo y presente. Me gusta ese silencio tan aparentemente vacío, porque está cargado de todo el mal y el bien que llevo dentro. Desde que mi padre no está, no había podido rezar y pensaba: «¿Cómo puedo rezar, cómo puedo darte gloria, a ti que me has quitado del corazón un bien tan grande del día a la noche!». Esto es todo muy confuso, pero es una herida tan profunda que se cierra cuando me duermo, y se vuelve a abrir cuando me despierto y cada día tengo que volver a decidir si curarla o dejarme morir desangrada. Al mismo tiempo, me asombro mirando a mi madre, mirando a mi novio, mirando a mis amigos. Lucho cada día para llenar esta herida de cosas bonitas que no deben morir, me conmuevo cuando me siento querida, soy más frágil y cedo más fácilmente debido a esta búsqueda. Si me ha pasado esto ahora es porque tengo todos los instrumentos para afrontarlo y de esto estoy segura, pero si Él me preguntara ahora: «¿Me amas?», quizás sólo a la tercera vez le contestaría que sí. Ahora no me basta con quererle, no me sirven los discursos, tengo necesidad de esa mirada que Rose tenía sobre mí mientras me hablaba, del abrazo del amigo que a veces, sin decir nada,

mira más allá. Si me faltara esto no me encontraría bien en ningún lugar. Este problema me ha provocado mucho, pero a veces estoy muy confusa y necesito de este “ahora” en cada instante. El domingo, fui a la tumba de san Ricardo Pampuri y allí se dio un cambio; este santo ha concedido a mi familia más de un milagro. Desesperada, después de una Misa bellísima, me eché a llorar, hasta entonces no lo había logrado, y realmente pensé: «Heme aquí, he vuelto, ten piedad de mi nada, haz de mí lo que quieras porque ya no puedo vivir sin Ti», y el dolor se me hizo casi indispensable. Quiero decirte que necesito de tu compañía porque veo que eres más feliz que yo y quiero pegarme a ti. Ahora consigo rezar y pido que crezca cada vez más la familiaridad contigo y con quien tengo al lado, para que vuestra amistad permanezca dentro la herida que día tras día se abre un poco más. Lo único que te pido es que me ayudes a entender mejor lo que me está pasando.

Tú presta atención a la urgencia que tienes dentro. La vida es fácil, amiga, pero muchas veces tenemos que esperar a que el Misterio nos dé ciertos signos; a veces, uno querría tener todo claro ya, ahora, pero a veces Él nos hace esperar. Si te tomas tu tiempo, aparecerán los signos a través de los cuales el Misterio te hará ver el camino.

Quería simplemente contar algunos aspectos de mi experiencia reciente, que demuestran cómo el desafío de los últimos tiempos es una verdadera revolución para mí, y cómo ha cambiado también la relación con mis amigos más cercanos, que van por delante. Primero. Ha habido momentos en los que me ha resultado muy claro el Acontecimiento. Pongo un ejemplo. Hace un mes, en Bolonia cayó una gran nevada. Una noche, mientras yo estaba dándole vueltas a la cabeza – mi razón se había convertido en un gato que se muerde la cola, y lo estaba complicando todo –, mi novia me dijo una cosa muy simple: «Vamos fuera a ver el patio nevado» (cosa que, en cierto sentido, da risa porque el patio del edificio donde vivo es muy feo). Salimos a verlo, y en ese momento entendí qué es un acontecimiento y qué entiendes tú cuando dices que la razón y el afecto van de la mano, porque mi razón, que hasta hace un momento daba vueltas en balde, reconoció enseguida que allí había algo bello que no hacía yo. Lo mismo vale con mi afecto. Ambos, razón y afecto, fueron directos a lo que tenían delante, es decir a Aquel que hacía esa nieve y que me daba a mi novia, es decir, a reconocer a Uno que me quiere bien. Desde entonces, me doy cuenta de que cada día tengo que decidir si quiero permanecer a este nivel o si quiero seguir dando vueltas inútiles, dejando que mi mente se extravíe. Decidí simplemente seguir a quienes veo que van por delante de mí y tienen una mirada más realista. En lugar de tratar a Cristo como si fuera algo que va por un lado y la realidad por otro – y yo con mi razonamiento, o según un esquema, tengo que juntarlos –, voy detrás de quien reconoce la Presencia que tiene delante. Con el paso del tiempo, me he dado cuenta de que se ha vuelto mucho más inmediato para mí reconocer esta Presencia. Por ejemplo, hace unos días, mientras iba a la cafetería para desayunar, estaba rezando el Angelus. Vi a una chica en una silla de ruedas con el gotero puesto; normalmente, habría pasado de largo, porque por la mañana voy a mi bola y no hago caso a todo lo que pasa mi alrededor. Pero, en ese momento, pensé: «¡Qué signo más grande del Misterio es ella ahora!». El signo mediante el cual él me dice: «¿Pero te das cuenta que Yo estoy aquí? ¿Te das cuenta o no? ¿Quieres enterarte o no?». Y pensaba: «¡Qué signo más grande debe ser también para su familia, que cotidianamente tiene delante un misterio que le dice: “¿Os dais cuenta?”!». Me asombra que este reconocimiento sea cada vez más frecuente. Por ejemplo, el lunes invitamos a cenar a un profesor nuestro con el que tenemos una buena relación desde hace un tiempo. El día anterior, me encontré con los representantes de los estudiantes de mi facultad. Nos planteábamos de qué manera

entrar en materia y afrontar las cuestiones candentes. Y yo dije: «Chicos, cuando encontré a Cristo, en primer lugar me descubrí hombre. Esto define mi vida». En la cena, aunque yo no soy representante de los estudiantes, le reté acerca de muchas cuestiones. Él es realmente un gigante, pero yo he encontrado algo que no me permite seguir hablando de Universidad en términos burocráticos y organizativos; para mí lo importante es siempre hablar de educación: «No me importa aprender a plantear preguntas, ni interesarme de todo. Me importa la consistencia de las cosas». Ha sido una revolución para mí entender que yo no debo añadir a Cristo a las cosas, sino que en la relación con ellas yo verifique y vaya al fondo de mi relación con él. Por ello, estoy mucho más disponible ante lo que sucede. Esta para mí es una revolución, porque siempre he tenido el problema de arreglar las cosas; en cambio, ahora, cuando rezo el Angelus por la mañana y digo: «He aquí la Sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra», yo quiero vivir así, yo quiero vivir a su servicio, quiero dejarme sorprender cada día más. Ahora, ni siquiera me basta el cambio, porque esta mañana, delante del despacho de un profesor que nos odia, a raíz de lo que yo había visto, quería invitarle a cenar, aún sabiendo que muy probablemente rechazarían la invitación – luego no conseguí encontrarle –, pero pensaba: «En el fondo, no me importa que diga sí o no, no me importa que yo sea bajo o que cambie; tengo la certeza de que existe Uno que me ama ahora, que me hace ahora, y yo consisto en esa relación». Por ello, estoy cada vez más disponible para servirle y dejarme aferrar por completo. Es lo único que me interesa, lo único.

Gracias. Es bonito lo que has dicho, que uno reconoce el dinamismo de un acontecimiento porque descubre que su razón y su afecto van juntos, es decir, encuentra una unidad que no puede alcanzar con sus fuerzas. Como veis, la vida es fácil, cuanto más uno recorre el camino que nos indica don Giussani, tanto más le resulta inmediato reconocer la presencia del Señor. ¿Y cuál es el signo más potente de esto? La libertad. *Ubi fides ibi libertas*. Por ejemplo, la libertad para invitar a cenar a un profesor sin el ansia de que me diga sí o no; puede ser el que menos nos quiere, pero yo soy libre, no me siento definido por la relación con él, y esto es posible sólo si hay algo que me hace libre ahora, si Cristo es un acontecimiento que está sucediendo ahora. Ningún moralismo podría conseguirlo.

Ante un hecho desagradable que me pasó en diciembre, se avivó en mí la pregunta acerca de lo que me cumple, de lo que llena mi vida y mi corazón. Con el paso del tiempo, a través de la compañía cercana de algunos amigos, se me hizo patente que yo soy querida. En un momento dado, a raíz de algunos hechos concretos, sencillos, como contabas tú el 25 de enero, pude reconocer muchos gestos llenos de ternura y caridad: desde mi compañera de piso que hasta hace cinco minutos era para mí casi desconocida, a la conversación por teléfono con una amiga que, ante ciertos dramas personales, no acaba en el abismo del sinsentido, sino que tenazmente continúa a fijar su mirada en el deseo de su corazón que pide mucho más que las cosas vayan bien. A través de estos rostros, Dios se me ha mostrado de tal manera que, en un momento dado, me he visto obligada a decir a esta gente: «¡Dios mío, qué compañía tan familiar, tierna y extraordinaria me estás haciendo!». Así, tanto ir de vacaciones a la montaña con mis padres como estar con mis amigos, se ha llenado de la espera de Su compañía, que luego se ha concretado a través de las personas más diversas. A propósito de la pregunta que nos planteábamos: «¿Qué pasa cuando sucede el acontecimiento cristiano?», un ejemplo que se me ocurría es que han cambiado nuestras relaciones en el piso de estudiantes. Una compañera mía, hace unos días, durante una comida, me dijo que estos meses habían sido muy bonitos para ella porque había experimentado un

amor increíble hacia ella. Por circunstancias personales, ambas agradecíamos lo mismo; obviamente, ambas reconocíamos que no era en absoluto fruto de nuestras manos. Ahora tengo un gran tesoro: haber visto Aquel que llena totalmente mi corazón, Aquel que me ha cautivado por completo, porque cuando el corazón se colma de verdad, respira, incluso dentro de una situación dolorosa, una plenitud de vida que nadie ha podido darme nunca. Ahora, a pesar de las distracciones que llegan de todas formas, enseguida veo que lo que me salva es volver lealmente a la conciencia de lo que yo soy de verdad, es decir, un hombre frágil, pero con un corazón grande que sólo desea encontrar a Cristo y seguirle.

Gracias.

Quería contar otra cosa, pero quiero volver sobre algo que antes has dicho a una chica: ese algo «increíblemente grande» estaba presente en cómo la miraba su amigo y le preguntaba: «¿Pero tú quién eres, qué estás buscando, qué me estás pidiendo?». También en mi vida existe esa mirada, y yo, al igual que ella, tampoco me doy cuenta en muchos momentos; por tanto, quería preguntarte: «¿cómo podemos educarnos para poder reconocer esa mirada?».

¿Cuál es, amigos, la cosa más decisiva? La sorpresa porque esta mirada existe. La primera actividad es una pasividad: darnos cuenta de que el cristianismo no es algo del pasado, sino algo que está sucediendo ahora. Esta es la esperanza para mí, porque esta mirada sigue llamando a tu puerta de una manera u otra, mediante esa pregunta, mediante algo que sucede, mediante algo que nos asombra, mediante algo que acontece. Esta es la cuestión: que no estamos solos con nuestra nada, con nuestra incapacidad, con nuestra insuficiencia o nuestra distracción. ¿Está claro? Entonces, ¿cómo nos educamos en esto? Cediendo a Cristo, cuando Él acontece.

Pero en la última Escuela de comunidad, refiriéndose a los apóstoles, tú decías: «Jesús los introduce en su misterio, en una conciencia tierna y apasionada de ellos mismos».

Esto significa ser salvados, como bien decía nuestra amiga que acababa de intervenir: ser conscientes de esto.

De lo que estoy seguro es que a veces cedo.

Y cuando cedes, ¿qué pasa? De esto tenemos que darnos cuenta, porque, cuando cedes, le dejas entrar a Él, y esto es todo lo que hace falta. Si te duele la cabeza, te tomas un analgésico y se te pasa – por poner un ejemplo banal –, ¿qué haces cuando te vuelve a doler la cabeza?

Me tomo otro analgésico.

¡No se trata de hacer algo complicado, sino de hacer lo que mejor corresponde con tu exigencia (te encuentras mejor sin dolor de cabeza que cuando te duele)! Lo importante es si uno empieza a ver, a saborear, a experimentar incluso en pequeños hechos (no deben ser necesariamente llamativos) la diferencia entre dejarle entrar o no. Entonces, en cuanto sientes cierto malestar, cierto bloqueo, empiezas a desear a Cristo, y no puedes dejar de dirigirte a Él. Empiezas a educarte en esto porque antes Él ha empezado a despertar en ti el deseo de Él.

Aquí no te entiendo, soy sincero.

¿Qué es lo que nos atrae? Una experiencia de la vida tan positiva, tan bella, que uno la desea cada vez más. El problema es si empezamos a experimentarlo en la vida real, porque la relación con Cristo es la relación con alguien presente. Si uno desea esta relación, ¿cómo se educa en ella? En primer lugar, quien nos educa es Él, porque siempre existe algo que viene antes que lo que podemos hacer nosotros. Ya lo sabes, sucede algo que vuelve a despertar en ti el deseo de Él (como decía antes uno de vosotros: el deseo de Aquel que he visto actuar). Tú puedes seguirle o no seguirle; tú

puedes ceder o no ceder; muchas veces no cedés, pero algunas, por gracia de Dios, cedés, y entonces ves la diferencia. No es que luego sea automático ceder de nuevo; no, luego tú sigues a lo tuyo, pero es la diferencia entre cuando has cedido y cuando no. Y como no somos tontos, uno empieza a ver si le conviene ceder, y empieza a ceder cada vez más. Como ves, es algo humanísimo, algo que no tiene nada que ver con complicarse la vida, simplemente uno no quiere perder el bien que ha descubierto. Y si uno no quiere perderlo, lo busca, le entran ganas de buscarlo, no porque debe hacerlo, no porque le obligan a hacerlo, no: ¡porque no quiere perderlo! Es por pura conveniencia, por puro deseo de esa plenitud que me corresponde más que todas las tonterías que se me ocurren. Es fácil, porque Cristo no ha introducido en el mundo un camino “pesado”, ha introducido ese atractivo que, si uno empieza a saborearlo, como esta tarde hemos visto en tantos testimonios, no puede dejar de desear cada vez más y ya no se contenta con cualquier cosa, sólo desea cada vez más esa presencia. Y esto nos educa poco a poco.

Creo que lo entiendo, pero todavía no del todo, sólo lo intuyo.

Pero no lo entenderás porque yo te lo explique mejor; lo entenderás cuando cedas ante Él. Porque lo que te hará comprender es una experiencia, no otra explicación. Tenéis que quitaros de la cabeza esta idea, porque vosotros pensáis que vais a entender gracias a una explicación mejor. No, no puedes entenderlo porque no sabes ni siquiera de lo que estoy hablando, hasta que no que sucede. ¿Has empezado esta tarde a vislumbrar que cuando cedés es muy distinto a cuando no cedés?

Sí, sí, hace mucho que...

Bien, entonces...

Entiendo, pero...

La cuestión es que tú debes decidir y esto no te lo puede ahorrar ninguna explicación. ¿Quieres secundar esta plenitud que has saboreado por lo menos inicialmente cuando has cedido a Él, o no? Sólo esto te educa. Y entenderás cada vez mejor, cuanto más cedas (en lugar de hacer otras cosas). Y cuando te equivocas, no te preocupes: utiliza el error para comparar lo que te pasa cuando te equivocas y cuando aciertas, y luego decide por lo mejor. Es fácil.

¿Puedo preguntarte una última cosa? Puesto que lo que he encontrado es lo más grande que tengo en la vida estoy empezando, provocado por mis amigos, a preguntarme acerca de los rasgos esenciales del carisma, y a veces me detengo a pensar en ello durante la jornada. Trato de abordar esta cuestión seriamente, para tomarme en serio lo que he encontrado. Quería pedirte ayuda, es decir, si puedes decirme cuáles son para ti estos rasgos.

Debemos prestar atención a lo que decimos. ¿Cuáles son esos rasgos inconfundibles? Una mirada de ternura profunda, porque cuando uno se siente tan querido como muchos han testimoniado, o cuando uno percibe esta mirada hacia sí o la reconoce presente incluso en el momento más oscuro como es la muerte de alguien querido, basta con que cada uno se identifique en lo que hemos escuchado esta tarde, porque todo ha demostrado lo que habíais puesto como lema de este encuentro: «Cristo es algo que me está sucediendo ahora». ¿Qué hemos visto todos juntos esta tarde? ¿Por qué ha valido la pena para cada uno de vosotros y para mí también acudir aquí esta tarde? Porque hemos podido ver. Ya conocíamos esta frase, pero hoy hemos comprobado que es verdadera, y todos volvemos a casa con los ojos llenos de lo que hemos visto y tocado con la mano. Entonces, si retomas todo lo que has escuchado esta tarde y empiezas a preguntarte acerca de Sus rasgos inconfundibles, empezarás a reconocerlos. Cuanto más atiendas a lo que hemos escuchado, más podrás descubrir los rasgos inconfundibles de Su presencia; cuanto menos imagines y te vayas por las ramas con la fantasía, cuanto más

apegado estés a lo que ha pasado esta tarde aquí entre nosotros, tanto más descubrirás estos rasgos. No te lo digo para no darte una respuesta, sino porque debes palpar tú esta realidad, y no la descubrirás a través de mi explicación, sino atendiendo a la experiencia que se da entre nosotros, de tal manera que dirás a tus amigos: «Yo he descubierto esto, ¿y tú que dices de lo de ayer? ¿Qué rasgos inconfundibles reconociste tú?». Y competiréis entre vosotros por reconocer esos rasgos que no podemos inventarnos. Y así empezamos a reconocerle. Imaginad a los discípulos, cuántas veces habrán dicho: «¿Has visto lo que ha pasado o hoy?». Y esto hará que toda su figura emerja cada vez más delante de nuestros ojos, con todos sus rasgos, con su radical diversidad. Así, empezamos a ver que el recorrido de la Escuela de comunidad que acabamos de empezar en compañía de don Giussani no es una lección sobre algo “que ya sabemos”, sino el descubrimiento de una realidad presente que acontece. De hecho, no lo sabemos, y necesitamos ver que Cristo acontece en medio de nosotros para empezar a saber de qué se trata. Por ello os doy las gracias de corazón por el diálogo de esta tarde.

Julián, ¿puedes decirnos una palabra sobre Manifiesto de Pascua?

Cuando estábamos pensando en el Manifiesto de este año, uno de vosotros dijo – estoy muy contento porque la mayoría de las cosas no nacen de mi cabeza –: «¿Por qué este año no utilizamos el manifiesto de 1988, el que Giussani llamaba el “Manifiesto permanente”?». Enseguida les pareció muy pertinente a todos por tres motivos: el tema de la Escuela de comunidad, la proclamación del Año de la Fe (que empezará en octubre) y la apertura de la causa de beatificación de don Giussani. Hemos decidido volver a proponer el “Manifiesto permanente” para poner ante nuestros ojos lo que es más decisivo: ¿qué es lo más querido de nuestra amistad, de nuestra vida y de nuestra vida en común? En este momento de confusión en que a menudo sucumbimos al malestar, cuando no al nihilismo, queremos volver a decirlo a nosotros mismos y al mundo. Queremos decir a todos que ha sucedido un hecho en la historia: lo más querido para nosotros es Cristo. Este es el grito, el testimonio que queremos tener presente a lo largo de este año. Este Manifiesto puede ser una verdadera compañía que proclama ante nuestros ojos que Cristo es lo más querido para nosotros, y al mismo tiempo nos interroga: «Pero, para ti, ¿qué es lo más querido?». Al final del recorrido de la Escuela de comunidad, al final del Año de la Fe en compañía del Papa, podremos llegar más convencidos de lo que tenemos por más querido: «Para nosotros, lo más querido del cristianismo es Cristo. Él mismo y todo lo que proviene de Él, puesto que sabemos que en Él habita corporalmente la plenitud de la Divinidad». Este es el objetivo fundamental de este Manifiesto.